

# LIBRO I



HISTORIA MODERNA.  
LOS AUSTRIAS



**1**  
**EL LIBRO SECRETO I**  
(Barcelona en tiempos de Carlos V)



Por Teresa Ortiz Tagle



## I. La portadora (1519)

Era un lugar hermoso aquella península flanqueada por un mar interior y un océano interminable. Un lugar donde habían tenido lugar las más cruentas batallas, las más grandes historias de amor y las más pérfidas traiciones.

Y en aquella península habitaba la familia Conejo. Desde la misma noche de los tiempos. Siempre hubo un miembro de su clan en los eventos claves de su historia.

Aquella península había sido conocida por mil nombres, pero, desde hacía un tiempo, unos pocos, aún muy pocos... la llamaban España. Sobre todo desde que las Coronas de Aragón y Castilla quedaran entrelazadas tras las nupcias de Fernando e Isabel, los reyes Católicos.

En el nuevo estado nacido de tal unión había miembros de la familia Conejo por doquier, desde el valle de Elorz hasta el resto de Navarra y las Vascongadas. También en la propia Castilla, en Occitania, Aragón, Cataluña y Valencia. Y algunos otros diseminados por el sur, sobre todo en Sevilla. Y precisamente de allí, de Sevilla, provenían aquellas tres mujeres que hablaban al calor del hogar. Ahora vivían en Barcelona, pero el recuerdo del pasado estaba presente en cada uno de sus actos.

Gemma, la más pequeña, apenas contaba 10 años. Luego de hablar de sus muñecos y sus juegos infantiles, se quedó algo traspuesta y dejó que su hermana mayor, Fátima, comenzase con aquel otro juego, uno que jugaban todas las noches, el de la historia de la familia.

— ¡Cuéntame lo que le pasó a la tatarabuela! ¡Háblame de nuestro secreto!

Su madre, que también se llamaba Fátima, vivía con sus dos hijas junto al monasterio de Sant Pere de les Puelles. Su vivienda, alquilada, era pequeña, una sola estancia, que hacía las veces de cocina, dormitorio o salón, pero el huerto trasero era amplio y hasta tenían cuatro

gallinas. Trabajaban duro como lavanderas y eran felices, al menos pensaban que lo eran durante esos escasos minutos en que sus muchas obligaciones cesaban; entonces, por fin a solas, hablaban un rato en familia antes de irse a dormir.

Y cuando llegaba ese momento, Fátima la menor siempre preguntaba por *el secreto* y por la historia de su familia.

Así, todas las noches, Fátima la mayor le contaba a su hija retazos de las increíbles andanzas de su clan. Fragmentos de historia oral que solo sobrevivían en la memoria de sus ancestros. Ellos eran los Conejos, un antiguo linaje que había sobrevivido a las vicisitudes de la historia. En el Paleolítico se habían enfrentado a otros clanes (y salido victoriosos). Cuando Roma dominaba el mundo fueron testigos de las persecuciones de los cristianos; más tarde del ascenso y caída de los visigodos, de la invasión árabe, de la Reconquista, de la unión de Aragón y Castilla con los Reyes Católicos y, por fin, de la gloria de Carlos I (o V), rey de España y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

—Durante todos esos siglos hemos sido soldados, asesinos, sirvientas, meretrices... Todos los oficios imaginables —explicaba Fátima.

Pero sus dos hijas asistían al relato de todas aquellas historias del pasado con cierto desapego. Todas eran fascinantes, pero una de ellas les resultaba irresistible. Y querían volverla a oír.

—¡Cuéntame la historia de la tatarabuela! —decían a coro— ¡El secreto! ¡El secreto!

Entonces Fátima la mayor sonreía. Miraba hacia el exterior, hacia la muralla nueva de Barcelona, que iba de Sant Pere de les Puelles hasta el mar. En su memoria divisó las grandes puertas, como la Portaferriosa o la de la Boquería, y las gentes yendo y viniendo del mercado. Pero ahora había caído la noche y la ciudad estaba en silencio. Solo ella y sus hijas permanecían despiertas. Así que bajó la voz y dijo:

—No era vuestra tatarabuela sino vuestra tatatatara-buela. Hace muchos años de eso.

—Ya lo sé, mamá —dijo Fátima la menor—. Pero cuéntame otra vez lo que pasó.

—Bueno, tu tatarabuela, dejémoslo así, se llamaba Asunta. Un nombre antiguo, poderoso, que data de hace muchos siglos. Ella fue una mujer sabia, una intelectual, que estudió en al-Ándalus a las órdenes de al-Mutamid, rey de Sevilla. Conoció al Cid Campeador, al sabio Ibn Ammar y a otros grandes hombres de su época. Cuando los almorávides llegaron a la península ibérica el mundo que conocía Asunta se desmoronó.

Los almorávides eran tribus camelleras del Sáhara, monjes-soldado fanáticos e incontrolables. Vestían de negro, se cubrían con un velo del mismo color y tenían fama de despiadados.

—El rey al-Mutamid de Sevilla fue destronado —prosiguió Fátima—, y Asunta acompañó a su señor al destierro. Al-Mutamid, su esposa Rumaikiyya y el príncipe heredero ar-Rashid, más buena parte de su familia y unos pocos sirvientes, fueron enviados en destierro perpetuo a Aghmat, la que fuera la primera capital de los almorávides antes de su traslado a Marrakech. Allí acompañarían al resto de reyes de taifas depuestos, aparte de otros muchos rehenes de un imperio que no dejaba de expandirse, y de dejar cadáveres y exiliados a su paso.

Entonces la historia se teñía de un tono truculento. Una noche, los almorávides decidieron que ya no necesitaban a sus prisioneros. Los mataron a todos y los dejaron pudriéndose al sol del desierto, pasto de los buitres.

—Pero tu tatarabuela, aunque mal herida, consiguió sobrevivir. Un bereber la encontró desangrándose en la arena y se apiadó de ella. La convirtió en su esposa. Con el tiempo se trasladaron de vuelta a la península ibérica. Asunta tenía buenas razones para ello.

—¡El libro! ¡El secreto! —chilló su hija.

Los ojos de Fátima la mayor se oscurecieron.

—Asunta había cometido en el pasado muchos actos terribles de los que se arrepentía. Para purgar sus crímenes, escribió un libro en el que explicaba lo que

significaba la palabra *España*, el resultado de sus años de estudio a las órdenes del rey de Sevilla. En aquel volumen secreto construyó un mensaje que es una señal de concordia, de entendimiento, que podría crear una unión futura entre cristianos y musulmanes, judíos... Todos los pueblos y todas las razas conviviendo en la nación más poderosa de la tierra.

— ¿Y qué fue del Libro Secreto, mamá?

— Lo sabes bien. Está ahí, en el baúl de nuestra ropa. Lo llevamos guardando de generación en generación. Yo me llamo Fátima y a mi primera hija la llamé Fátima. Llevamos muchas generaciones haciéndolo. Y así lo tendrás que hacer tú para pasarle el Libro Secreto a tu muerte a la mayor de tus hijas. Yo he sido la portadora durante los últimos veinte años. Y tú me sucederás. Porque solo las mujeres podemos ser portadoras del libro. Solo nosotras.

Nadie conocía la existencia del Libro Secreto aparte de ellas tres. Un volumen de 150 páginas, en papel y lino. Sin filigranas, sin ningún adorno ni páginas iluminadas. Algo que parecía sin valor y, por tanto, indigno de ser codiciado por ladrones.

— ¿Cuando sea la portadora podré leerlo? — preguntó Fátima Fernández, que estaba destinada a ser un día su custodio.

Fátima la mayor contempló a la adolescente con orgullo.

— Ojalá seas capaz. O tu hija. O la hija de tu hija.

Porque los Fernández-Conejo eran todos analfabetos. Hacía 112 años que nadie había leído aquel libro. Pero el misterio, lejos de haber disminuido, había ido progresando. Como no podían entender qué custodiaban realmente, cada madre transmitió a su hija un secreto mayor, una historia más fantástica que la anterior.

De esta forma, el libro seguía a salvo de los embates del tiempo y de la historia, listo para convertirse en una pieza clave en el destino de los hombres. O no, dependería del uso que hicieran del secreto que albergaban sus páginas.



## II. La segunda portadora (1526)

La muerte sorprendió a Fátima la mayor una noche de luna llena. No se ganaba gran cosa siendo lavandera, así que la pobre mujer compaginaba su labor cotidiana con la prostitución ilegal. Cuando no alcanzaba a llegar a fin de mes, se ganaba un extra vendiendo su cuerpo. Sabía que aún era hermosa y deseable, por lo que tomó una decisión: sus hijas no pasarían hambre. Era una conclusión lógica a una vida de penurias que compartía con muchas otras mujeres de la vecindad.

Pero Fátima no frecuentaba ninguno de los burdeles oficiales que permitía el Consell de Cent (la institución que gobernaba la ciudad), ni se vestía como una prostituta. Es decir, sin manto y con la cabeza descubierta, para diferenciarse de las mujeres *decentes*, que debían ir bien tapadas. Tampoco se encerraba en el monasterio de la calle de las Egipciaques durante la Semana Santa, tal y como lo hacían sus compañeras de profesión, para purificarse. No. Fátima era lavandera y solamente lavandera. Lo otro... lo otro era algo que hacía de forma intermitente, tanto que prefería olvidarlo cuando la escasez terminaba.

—Yo soy una buena mujer —les decía a menudo a sus hijas—. No lo olvidéis jamás.

¿Qué le sucedió realmente a Fátima? Sus hijas nunca lo supieron. Los tres burdeles oficiales que alquilaba la ciudad de Barcelona ejercían el monopolio de la prostitución. A las *cantoneras*, las mujeres públicas que se ponían en las esquinas de las calles, se las expulsaba de la ciudad. ¿Un alcahuete se enfrentó a la pobre Fátima camino de una visita a uno de sus clientes? ¿Otra prostituta decidió darle una lección por inmiscuirse en su territorio? ¿O fue el propio cliente el que le dio la paliza que le costó la muerte? Un enigma que jamás sería resuelto.

Anochece cuando Fátima llegó a su casa, sangrando por dentro y por fuera, molida a palos. Había sido un mila-

gro que tuviera la fuerza de voluntad para llegar hasta allí; pero es que quería despedirse de sus hijas.

— Te quiero, Gemma — le dijo a la pequeña.

Fátima la menor se abrazó a su madre, que le susurró al oído:

— Pronto os echarán de esta casa. Vais a perderlo todo. Pero debes ser fuerte; eres la mayor y tienes que dar ejemplo a tu hermana. Cuida de ambas y también del Libro Secreto.

Murió antes de que llegase el médico. Fátima, que contaba entonces 19 años tan solo (por 16 de Gemma, casi 17), se convirtió en el cabeza de familia de aquella rama de los Conejo. Y comprobó pronto que su madre estaba en lo cierto: su casero las echó de casa al no poder pagar el alquiler. Pero ese mismo día, la suerte, siempre imprevisible, las sonrió.

Era una jornada de nubes de tormenta y calor sofocante.

— ¿Sabe usted leer?

Fátima levantó la vista y vio a un noble vestido con un jubón alargado, calzas y botas altas. La deslumbraron los bordados, el terciopelo y los tonos dorados.

— ¿Me habla a mí, caballero?

No pudo acabar la frase. Estaba sentada sobre un costal, con el Libro Secreto abierto entre sus piernas. Había dado unas pocas clases con un monje de Sant Pere y apenas era capaz de distinguir las vocales.

— Le preguntaba si sabe leer — repitió aquel hombre desconocido, hermoso, de unos veinte años.

— Yo, yo... Un poco sé — mintió. Aunque no mentía del todo. Poco, muy poco, pero algo sabía.

Y en la España del siglo XVI saber leer era un conocimiento precioso.

— Estoy buscando servidumbre nueva para mi casa. Si sabe usted leer, aunque sea poco, puede serme de utilidad.

El desconocido se volvió hacia Gemma.

— ¿Ella es de tu familia?

— Es mi hermana.

Gemma estaba vendiendo entre sus vecinos todo aquello que no podían llevarse, desde utensilios a cazuelas. Muchas cosas las había regalado ya cuando apareció aquel hombre.

—Os contrato a las dos. Supongo que conocéis el Pla de Palau. Preguntad allí por Can Casella y decid que venís de mi parte. No tiene pérdida.



Incluso ellas, unas pobres muertas de hambre, sabían quiénes eran los Guinovart y habían oído hablar de Joan Guinovart i Casella, el primogénito de tan ilustre familia. Cuando aquel joven apuesto, de tez muy blanca y ojos verdes, se alejó camino del puerto, comprendieron que se hallaban ante uno de los jóvenes más conocidos de la ciudad. El hijo único y heredero de una fortuna incalculable.

—No sé si tendríamos que confiar en ese tal Joan. Por muy guapo que te parezca —dijo Gemma, que se había dado cuenta del gesto de su hermana, aún abstraído por la visión del joven.

Caminaban justo delante del antiguo monasterio de Sant Pere; una ciudad bulliciosa se abría ante aquellas dos jóvenes, cargadas con un hatillo con ropa y algunas pertenencias.

—Como si tuviésemos otra elección —repuso Fátima.

—Podríamos ir a ver a Hernán Barroso. Es nuestro primo y vive en Valladolid, por si no lo recuerdas. Nos escribió una bonita carta las navidades pasadas. Nos la leyó ese sacerdote que te estaba enseñando a leer.

Fátima tenía presente a Hernán. Había embarcado junto a Colón en la Santa María y había formado parte de la expedición más increíble de la historia de la humanidad: el descubrimiento de América. Y ahora, más de 30 años después de aquel viaje, se decía que su hijo Tomás estaba a punto de embarcar hacia Sevilla, en busca de aventuras. Hernán era el Conejo más famoso de su generación y ambas esperaban que las acogiese. Pero Valladolid estaba muy lejos y no tenían donde caerse muertas. ¿Qué comerían hasta llegar allí? ¿Cómo se costearían el viaje?

—Tenemos que dormir bajo techo, al menos de momento. Mandaremos luego una misiva para pedirle que nos acoja. Necesitamos tiempo y ahorrar algo de dinero. Ahora mismo la oferta de los Guinovart es lo mejor que tenemos.

— Pero es que...

La hermana mayor se detuvo en seco.

— ¿Tal vez prefieres que vayamos a pedir un mendrugo de pan a la Pia Almoina como hacen los menesterosos? ¿O que nos hagamos putas como mamá?

Gemma se puso colorada.

— Mamá era una buena mujer. Ella no era ninguna p...

Pero la pequeña se calló, incapaz de concluir la frase.

— Mejor probamos suerte en Can Casella — concedió Gemma, finalmente, tras pensarlo un rato—. Aunque no sé qué se nos puede haber perdido entre gente de esa dignidad. Ese lugar no es para nosotras.

Aquella frase la repetiría muchas veces en los años siguientes. Porque el caso es que tenía razón. Can Casella les venía grande. Se trataba de una villa señorial en la plaza más importante de la ciudad de Barcelona. Una gran mansión con su propia torre y un sinnúmero de alcobas, almacenes, bodegas y todo cuanto sus moradores pudieran desear.

Y es que los Guinovart poseían un gran poder en la urbe y en toda Cataluña. Ya eran gente principal en tiempos de los reyes carolingios, que formaron en el norte de la península ibérica la llamada Marca Hispánica, un amplio territorio regentado por diversos condes que les servía de colchón para atenuar la amenaza árabe. Con el tiempo, el imperio carolingio se fue debilitando y muchos condados se declararon en rebeldía. De entre esos condados destacaría Barcelona, que con el paso del tiempo iría cobrando cada vez más notoriedad, expandiéndose sin pausa de la mano de familias como los Guinovart, siempre a la cabeza de su comunidad y de los muchos negocios que una urbe semejante ofrecía. Aún eran gente principal dos siglos después, cuando Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, Gerona, Osona, Ribagorza y Cerdaña... se desposó con Petronila de Aragón. El hijo de ambos, Alfonso el Casto, se erigió como el rey de todos aquellos territorios unificados. Desde entonces, los Guinovart fueron vasallos de la Corona de Aragón, y su poder siguió aumentando. Cuando la Corona de Aragón se unió a la Corona de Castilla, volvieron a aumentar su poder.

Y ahora que formaban parte de un nuevo estado unificado (ese que unos pocos llamaban España) y de un imperio europeo regentado por Carlos V, su influencia, lejos de remitir, se había consolidado en muchos frentes: minas de oro y plata, comercio con las Américas, importación de maíz y cacao... nada escapaba a una las familias más influyentes de la ciudad condal y a sus rutas comerciales.

Nada.

Y ellas, que eran nada, pensó Gemma, ¿qué podían aportar a aquel universo de riquezas y prebendas que conformaban las familias burguesas o de la pequeña y mediana nobleza? ¿Qué podía aportar ellas, pobrecillas, a gente como los Guinovart?



Cuando las dos hermanas llegaron a Can Casella descubrieron que en aquella casa no parecían necesitar más servidumbre. Había decenas de criados, trabajadores, administradores... pero el caso es que las alojaron en unas habitaciones en la segunda planta de la villa, las vistieron, las dieron de comer un buen pedazo de pan de trigo y las dejaron ayudar en tareas poco onerosas, como ayudar en las cocinas o poner la mesa.

—Las otras chicas cuchichean —le dijo, el mismo día que llegaron, Gemma a su hermana mayor.

—¿Qué dicen esas tontas?

Fátima había oído aquellos mismos comentarios, las risitas y las pullas a media voz: «Ahí va la nueva conquista de Joan», «¿Cuánto crees que durará? ¿Un mes?», «No, eso es demasiado. Joan se cansa mucho antes de sus chicas».

—No les hagas caso —añadió finalmente Fátima cuando vio que su hermana no contestaba.

Y comenzó a ascender la escalera de madera que conectaba la planta segunda con el granero, en la última planta. Gemma se quedó mirándola y luego se dirigió al comedor, a seguir con sus tareas.

A pesar de los rumores, pronto se acostumbraron a aquella vida, a frecuentar el centro de la ciudad, a cono-

cer a sacerdotes y prelados que venían de visitar al obispo en el Palau Episcopal, a tratar con nobles y acaudalados comerciantes o de ir a rezar a la capilla de Santa Llúcia. Desde allí penetraban en la mismísima catedral, una maravilla del arte gótico que desde el primer día las cautivó, con su fachada monumental y sus gárgolas, que excitaban la imaginación de las muchachas.

—No me acuesto con Joan —le aseguró una mañana Fátima a su hermana, al salir de la capilla, a la altura de la calle de la Pietat.

Estaba mintiendo.

—No es cosa mía.

—Ya. Pero quiero que lo sepas. No soy su puta. Ni la de nadie. Yo soy una buena mujer.

—Mamá decía lo mismo.

Fátima frunció los labios, como si estuviese a punto de echarse a llorar. Gemma aceleró el paso y entró sola en Can Casella. Subió arriba del todo, al granero, donde a veces se escondía para no tener que rendir cuentas ante nadie. Desde allí podía escuchar al ganado, las voces y cuchicheos de la servidumbre y hasta, si se concentraba, el crepitar de la gran chimenea en el salón principal.

—Tendríamos que haber marchado con nuestro primo Hernán —dijo en voz alta.

Aunque la vida en la mansión de los Guinovart era muy agradable (acaso demasiado), tal vez estuviera en lo cierto. Gemma seguía pensando, en su fuero interno, que aquel no era un buen lugar para ellas.